

LA RECONSTRUCCIÓN DE LA SOLIDARIDAD: LA CRISIS DEL ESTADO DEL BIENESTAR Y LOS DILEMAS DE LA CIUDADANÍA

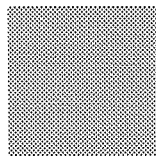
LUIS ENRIQUE ALONSO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

El objetivo de estas páginas es recoger el debate sobre la privatización del sector público, pero no afrontándolo desde el habitual punto de vista técnico o técnico/económico sino desde el punto de vista de sus implicaciones en la transformación del concepto mismo de ciudadanía. Se trata, pues, de relacionar el actual proceso que se está realizando a nivel prácticamente mundial de desarticulación de grandes partes del sector público y su transformación en elementos de acumulación privada, con el proceso paralelo de transformación de las titularidades, derechos y deberes que asisten y conforman eso que venimos conceptualizando como ciudadanía y que se construye desde el propio sistema de solidaridades sociales que vincula y regula las estructuras sociales de las naciones.

Palabras clave:

Estado del bienestar
Soldaridad
Ciudadanía

La reconstrucción de la solidaridad: la crisis del estado del bienestar y los dilemas de la ciudadanía¹



Luis Enrique Alonso

"La esfera pública, al igual que el mundo en común, nos junta y no obstante impide que caigamos uno sobre otro, por decirlo así. Lo que hace tan difícil de soportar a la sociedad de masas no es el número de personas, o al menos de manera fundamental, sino el hecho de que entre ellas el mundo ha perdido su poder para agruparlas, relacionarlas y separarlas"

Hannah Arent

"El riesgo de la burocratización abarca tanto la esfera pública como la de la 'sociedad civil'. Y su remedio no puede ser otro que el que esta sociedad en tanto que comunidad, y frente a la reclusión en la 'vida privada', movilice una voluntad política de democracia participativa"

José Luis López Aranguren

Introducción

El objetivo de estas páginas es recoger el debate sobre la privatización del sector público tan presente en los últimos años en las naciones europeas, pero no afrontándolo desde el habitual punto de vista técnico o técnico/económico -como es su obsesiva vinculación con los temas de la rentabilidad y la eficiencia de sus accio-

¹ Nota de Redacción: El Dr. Luis Enrique Alonso es profesor titular de Sociología y Vicedecano de Ordenación Académica de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Autónoma de Madrid. Queremos agradecerle la remisión del texto de la conferencia que pronunció el 5 de diciembre de 1996 en las Jornadas de inauguración de la nueva sede de la Escuela Universitaria de Estudios Sociales.

nes, o los asuntos relacionados con los problemas de organización y burocracia de su aparato administrativo- sino desde el punto de vista de sus implicaciones en la transformación del concepto mismo de ciudadanía. Se trata, pues, de relacionar el actual proceso que se está realizando a nivel prácticamente mundial de desarticulación de grandes partes del sector público y su transformación en elementos de acumulación privada, con el proceso paralelo de transformación de las titularidades, derechos y deberes que asisten y conforman eso que venimos conceptualizando como ciudadanía y que se construye desde el propio sistema de solidaridades sociales que vincula y regula las estructuras sociales de las naciones.

Por ello, el actual proceso de privatización va más allá de un simple problema económico, en el sentido (cada vez más) restrictivo del término, es un concepto que entra en lo social general, por cuanto nos lleva a unas nuevas relaciones entre economía y sociedad; unas relaciones, quizás, empezaremos adelantando, en las que se esté institucionalizando un lugar especialmente dependiente, vulnerable y desamparado para la sociedad.

De esta forma, es importante, también, empezar señalando que toda la filosofía privatizadora que en estos momentos estamos contemplando tiene que ser analizada desde un punto de vista necesariamente institucional, esto es, debemos tener en cuenta que la economía no se juega en un espacio vacío, -la economía no es ningún intercambio mercantil perfecto ni, menos aún, su reflejo idealizado en las huecas aunque abstrusas construcciones formales que los temidos y temibles economistas convencionales utilizan para legitimar las acciones de los agentes más poderosos y disciplinar a los sectores más desprotegidos de la sociedad-, sino que es un proceso que está siempre incrustado en instituciones, es decir en el entramado normativo que surge como producto de las relaciones y conflictos de poder que se despliegan entre los diferentes grupos sociales con estrategias de percepción y acción bien diferenciadas. Así lo que está cambiando, en estos momentos, son precisamente estos contextos institucionales y ello está dando lugar al proceso actual de privatización, como construcción de un orden ideológico/normativo que refleja nuevas equilibrios y alineamientos de los poderes sociales en las sociedades occidentales.

Nuevas relaciones de intercambio y poder social, nuevos contextos de producción, de acumulación y de distribución están disparando una transformación radical de *las convenciones* en que se lleva a cabo la labor estrictamente económica, entendiendo por

convenciones el conjunto de percepciones y diagnósticos teórico/técnicos que legitiman y amparan las actuaciones de los agentes políticos concretos, y sobre los que se consigue un consenso tan general que acaban naturalizando y despersonalizando cualquier conocimiento hasta aproblemizarlo y hacerlo parecer universal para un contexto social dado. Por ello, es necesario rearticular nuestra visión de la privatización en un espacio mucho más amplio que el espacio de lo que podríamos llamar la irresoluble disputa sobre la eficiencia económica estricta, y comenzar por examinar cuáles han sido esas transformaciones institucionales, unas transformaciones que están haciendo, como todos bien sabemos, de la convención del mercado la clave fundamental de nuestra existencia social, una existencia que en el fondo trataría de derivar el hombre social del *homo economicus* utilitarista, o lo que es lo mismo pulverizar cualquier vínculo social -sean normas o valores- hasta hacerlo coincidir con el universo de los poderes del mercado.

Esta subordinación de la sociedad al mercado en la que el proceso de privatización actual se muestra como uno de los fenómenos más espectaculares, a la par que más propagandísticos, está reconstruyendo -si no destruyendo- el propio concepto de lo público, cada vez más alejado éste de la propiedad y el control democrático de espacios autónomos de producción y reproducción social, para convertirse, en ciertos casos, en un simple apoyo de la acumulación privada.

1. Entre el "Welfare" y el "Workfare": transformaciones del Estado intervencionista del bienestar al productivismo

La idea del Estado del bienestar keynesiano vive así su crisis, crisis ya anunciada desde años atrás. Fueron primero los autores situados en la renovación contemporánea del marxismo (sólo teórica, eso sí), los que, desde comienzos de los años setenta, y desde muy diferentes ángulos, fueron desgranando las razones de los límites estructurales del Estado Keynesiano del bienestar. El punto de arranque de su argumentación remitía siempre a un *leit-motiv* central: una estructura fundamentalmente socializadora como el llamado "*Welfare State*", tarde o temprano tiene que entrar en colisión con el funcionamiento de un dispositivo fundamentalmente privado y privatizador como es el mercado. Esta argumentación era seguida en términos fiscales -James O'Connor-, en términos de costes

sociales y reproducción de la fuerza de trabajo -Ian Gough-, en el análisis de la dificultad de la articulación y homogeneización entre los ritmos de producción económica y reproducción social -los economistas franceses de la "escuela de la regulación"- o en términos ideológicos y de legitimación política (los últimos representantes de la escuela de Frankfurt: Habermas y Offe). Pero, en resumen, la argumentación siempre tiene un nudo común, que presentado en la terminología de Claus Offe, se puede decir que el Estado de bienestar recreaba las condiciones para la reproducción del sistema mercantil precisamente *desmercantizando* grandes sectores de la economía contemporánea, creando funciones que tanto ocupaban importantes segmentos en la economía y la sociedad capitalista, como limitaban la inseguridad básica que otorgaba a la fuerza de trabajo su carácter de mercancía disciplinada (subsidios, servicios sociales, instituciones asistenciales, etc.), lo que en última instancia resultaba bastante contradictorio y destinado a generar tensiones. De este modo, se anunciaba desde estas argumentaciones, el Estado del bienestar nunca sería -como se pretendió- el remedio final para las crisis cíclicas y estructurales del capitalismo, ni tal modelo de Estado estaba exento de introducir, en algún momento, más fantasmas en la máquina capitalista de los que era capaz de disolver.

Poco después se despertó el viejo león liberal dormido, o por lo menos aletargado, y que algunos precipitadamente dieron por muerto -aunque desde Chicago y Virginia nos habían llegado pruebas inequívocas de que seguía vivo y bien vivo- por el triunfo académico, práctico y pragmático del keynesianismo de postguerra. Y así con la etiqueta de "nuevo" como en los paquetes de detergente de los supermercados, y precisamente para eso, para convertir toda la sociedad en un inmenso supermercado, hicieron su aparición en escena los "*neoliberales*". Para el neoliberalismo el Estado del bienestar pasaba de víctima a culpable y desde sus filas se le acusaba de ser el responsable de absolutamente todos los males económicos y sociales; de tal manera que empezamos a oír hablar y a leer del temible fenómeno del "crowding-out" por el cual el Estado contemporáneo había pasado a la ocupación de todos los espacios rentables con la consiguiente expulsión de la actividad privada y la reducción del margen de beneficios de las empresas, o de la temible burocratización impuesta por este nuevo Leviatán que no dejaba enloquecidamente de crecer, o de las desviaciones perversas de la función-objetivo del funcionario público, etc., etc., y por este camino se llegaban hasta conclusiones "morales" o mejor

moralizantes: el Estado del bienestar desincentivaba y negaba el esfuerzo y la competitividad personal (algo así como la esencia del espíritu capitalista) al imponer forzosamente un igualitarismo estatista al radical individualismo y la absoluta desigualdad -ante el mercado- de los hombres.

Por tanto, desde este tipo de perspectivas, el objetivo fundamental se convertía en frenar a ese enorme Leviatán que crecía de una manera desbocada y prácticamente cancerígena generando además demasiadas expectativas ciudadanas, dando voz a demasiados colectivos que, desde esta lógica, no son nadie para tenerla (sindicatos, movimientos sociales, asociaciones cívicas, etc.) y que, en suma, había extendido los derechos sociales hasta sitios donde se harían incompatibles con la libertad económica. La solución a esta *sobrecarga* democrática -o hablando más crudamente este "exceso de democracia"- que estaría a punto de acabar con la democracia misma, pues según los neoliberales, el mínimo impedimento al funcionamiento total del mercado socaba las bases fundamentales de la democracia, que son económicas, sería sencilla: reducir el Estado a un *Estado mínimo*, pero fuerte, garante de la propiedad y sus derechos, y de la máxima libertad de mercado, todo lo demás se nos dará por añadidura .

La huella de todos estos debates se hacía patente en la realidad cotidiana de una manera endiabladamente rápida y, a la vez, dramática, pues tanta discusión teórica, más o menos elegante, se hacía carne tomando la forma pura y dura de la *privatización* de buena parte de los servicios sociales universalizados y habitualmente garantizados por los Estados de bienestar occidentales de postguerra. Las razones para la privatización defendida y emprendida, en mayor o menor medida, aunque no únicamente, por los gobiernos conservadores que empiezan a dominar la escena política mundial desde finales de los años setenta, eran en el orden teórico de calidad y eficiencia, y en la práctica se trataba de convertir en espacios privados las posibles zonas rentables del sistema de asistencia pública. Esto coincidía con el lanzamiento de una nueva línea de asistencia industrializada en el campo del servicio social -eso que Jacques Attali ha llamado "sociedad de la prótesis" y que no sería otra cosa que interponer objetos vendibles donde antes había sujetos artesanos en la atención- o con la simple liquidación, desaparición o marginalización del servicio.

La propuesta neoliberal se completa siempre con el canto a la sociedad civil como alternativa abstracta a las maldades que habí-

an provocado las políticas públicas en el campo de los derechos sociales de ciudadanía . La auto-ayuda o el self-help sería así la propuesta de que la familia o la comunidad se encargaran de resolver los transitorios problemas de bienestar social -rápidamente internalizables si el implicado tiene realmente una actitud realmente positiva, normalizante y no desviante o patológica, pues el mercado siempre proveerá riqueza y bienestar- así triunfaría la autonomía de la sociedad civil frente a la dependencia provocada por el burocratismo del Estado del bienestar (vid.Harris 1989, Gilder 1984). Esta es la hoja de parra para cubrir vergonzantemente propuesta para dar respuesta a las demandas de necesidades infraeconómicas que quedan fuera de los canales económicos ordenados, lo que sería volver a resituar el campo de la necesidad en un lugar *residual* y a las asociaciones voluntarias en un campo meramente asistencialista, para contener los peligros de posible desorden público.

La economía de los años ochenta ha supuesto un enorme cambio en las pautas de intervención del Estado en la economía. Las acciones públicas y privadas para restaurar la tasa de beneficios han representado en el último decenio, el definitivo *abandono de cualquier política de pleno empleo* y con ello la contención de las demandas salariales, el desempleo estructural, la intensificación del uso del factor trabajo contratado y el desarrollo de "políticas de oferta" destinadas a destruir cualquier obstáculo que impidiera el funcionamiento del mercado, aun cuando produjese fallos de asignación y desigualdad social evidentes.

Por otra parte, la austeridad impuesta hacia el coste del factor trabajo, la congelación, el recorte o incluso el desmantelamiento en todo o en parte de importantes espacios y servicios del Estado del bienestar , la fuerte tecnificación del proceso productivo y los incrementos en el tipo de interés han hecho que los típicos efectos redistributivos clásicos de las políticas keynesianas hayan sido sustituidos por los efectos antidistributivos de la economía de la oferta. Al calor de la desregulación han aparecido y se han favorecido formas de consumo elitistas y lo que Galbraith ha denominado nueva euforia financiera: nuevas formas de especulación en los mercados de valores, de fusiones y adquisiciones de empresas, de actuaciones alcistas en el mercado inmobiliario, etc. ,etc. La expansión de la economía financiera y la creación de un tipo de empleo más o menos especializado de alta remuneración en el aparato de gestión de esta economía financiera y especulativa, ha servido para consolidar un nuevo nivel de capas medias/altas de renovada cul-

tura promocionista e individualista, cristalizando a partir de ella una cultura de la satisfacción.

Se experimenta con ello, primero el declive de las políticas sociales, reprivatizando ciertos servicios y al mismo tiempo limitando fuertemente el campo de actuación de los elementos estatales de reproducción de la fuerza de trabajo, y, segundo el auge de las políticas industriales, que es donde el intervencionismo estatal adquiere especial vigor y donde se incardinan las actuales políticas de reconversión y reordenación productiva. Reglando la utilización de recursos públicos para la liquidación y el saneamiento financiero de las industrias anticuadas con exceso de capacidad o para la potenciación y el desarrollo de nuevas técnicas y líneas de expansión de productos y servicios y su aplicación rentable.

El Estado poskeynesiano ha debido de convertirse -por lo tanto- en una instancia más que "redistributiva" en el sentido Keynesiano en una instancia *organizativa*, donde su eficiencia económica debe de superar cualquiera de sus objetivos sociales y además debe de ser *barato*, en el sentido de no drenar recursos al relanzamiento del crecimiento económico. Así hemos conocido la transformación inmediata del campo del bienestar y las políticas públicas universales en un Estado asistencialista de orientación residual basado en "la aplicación en este campo de los criterios de racionalidad económica vigentes en el mercado. Esta aplicación, y los criterios de eficiencia y racionalidad correspondientes, hace dominante un modelo de Welfare de la austeridad, cuya racionalidad y eficiencia se miden en términos de ahorro de los recursos. A este parámetro le corresponde una ética: la ética de la escasez y de la frugalidad de los servicios". (Leonardis 1992, p.58).

El bienestar keynesiano se torna así en un modelo de *Welfare de la austeridad* que parece que trunca por la base los presupuestos que habían posibilitado su desarrollo: la universalidad y crecimiento de los servicios, se torna en la *selectividad* y reducción de los mismos, la desmercantilización en la remercantilización, los derechos económicos y sociales de ciudadanía en derechos económicos de providad, los costes sociales del crecimiento económico en efectos perversos de la intervención del Estado, los fallos del mercado en las distorsiones del Estado, la justicia en eficiencia, la equidad en libertad de mercado, etc., etc. El Estado del bienestar *-welfare-* pasa a tener de este modo a tener como primera prioridad la de su labor empresarializadora y promercantil, hemos llegado al *Workfare State*, en acertada denominación de Bob Jessop (1994).

2. Hacia una redefinición democrática del Estado del bienestar

Ante esta perspectiva no demasiado alentadora para sensibilidades sociales delicadas, algunos se aprestaron a defender lo que antes todos denostaban y empezaron a darse cuenta del carácter verdaderamente *reversible* de lo que ya parecía definitivo, o de que los procesos de *monetarización* de los servicios asistenciales llevaban asociados inmediatamente un proceso paralelo de *exclusión*, y así encontramos autores que veían nuevamente, lo que antes nadie quiso ver en los modelos socialdemócratas de integración institucional/corporatista del conflicto -con ejemplos clásicos como Austria y Suecia-, esto es, ventajas y logros a los que renunciar sería dar un paso atrás de carácter más que político, sería auténticamente un fracaso civilizatorio .

Pero rápidamente hay que puntualizar un par de cuestiones, en primer lugar al referirse a la ya absoluta indisolubilidad entre avance de la democracia y la construcción progresiva de un Estado que garantice no sólo derechos formales, sino también servicios reales y, al contrario, la reducción de servicios significa a la vez una involución democrática sin paliativos. Por otra parte se resalta el carácter estructural y básico del crecimiento del Estado, simplemente por el hecho que es un producto tanto de la relación de fuerzas sociales que han protagonizado la vida política y económica de las sociedades occidentales en las últimas décadas, como de las necesidades mismas de las economías privadas y el sistema de mercado, ya sea en su vertiente acumulativa (infraestructuras, disposición de capital humano y elementos subsidiarios del proceso productivo, etc.), ya sea en su vertiente directamente reguladora (ordenamiento industrial, mediación en los procesos de concentración y centralización del capital, regulación de mercados, etc.). Las perversas intenciones de los burócratas estatistas de hacer crecer el sector público se deshacen así en razones más fuertes.

De este modo, el carácter no sólo mejorable sino transformable del Estado del bienestar es hoy evidente, sus ineficiencias, sobreburocratización, monolitismo, desorganización, alejamiento de la ciudadanía, etc., son bien conocidos no sólo por los teóricos sino por los más corrientes usuarios cotidianos. Pero esto a nuestro modo de ver reclama más una *radicalización en el carácter democrático* del Estado social y su capacidad para satisfacer necesidades colectivas, abriendo cada vez más espacios de decisión y de constitución del consenso sobre los que deben ser consideradas

como necesidades normativas, que su brutal recorte y sustitución por cualquier sucedáneo de un Estado autoritario. Entramos, o mejor estamos, en terrenos a la vez que escurridizos abiertamente peligrosos, en ello nos jugamos lo mejor -y no lo peor, lo obsoleto o lo irrelevante como pretenderían los posmodernos al uso- de la modernización occidental, una constitución normativa que no es orden estático-orgánico sino que recoge presupone y exige conflicto e inestabilidad.

A revisar las diferentes perspectivas que adopta un concepto tan proteico como *sociedad civil*, desde los que lo manejan para servir al liberalismo ortodoxo hasta los que lo ponen a disposición de la restauración de una idea populista, pasando por las versiones más o menos actualizadas del comunitarismo ético, herederos de las clásicas aportaciones del imperativo categórico kantiano. Por otra parte, y en segundo lugar, resulta engañoso presentar Estado y sociedad civil, lo público y lo privado, como polos aislados y enfrentados de una realidad perfectamente separable, cuando lo cierto es que la fuerte complejidad de las sociedades contemporáneas hacen más difusos e indefinibles que nunca viejos conceptos monolíticos muchas veces pensados para la realidad económica y social del siglo XVIII o XIX.

No es por tanto el problema más o menos Estado, sino qué tipo de Estado. El Estado del bienestar socialdemócrata devino en un Estado pasivo, con peligro permanente de descomponerse por su falta real de participación lo que provocó un sentimiento cívico de paternalismo y exterioridad. El nuevo Estado del bienestar, sólo podrá mantenerse a partir de una política social que pueda dar los suficientes incentivos de solidaridad e identidad como para aglutinar en torno a él tanto a un movimiento obrero -cada vez más fragmentado por la estructura productiva del capitalismo postfordista- como a los nuevos movimientos sociales clásicos. De lo que se trata es pues de reforzar la dimensión estructural y profunda del Estado de bienestar en las sociedades industrializadas avanzadas, lo que hace imposible pensar en la política social como en una simple opción coyuntural y residual, así como de posibilitar nuevas formas de gestión, más descentralizadas y flexibles, de los servicios sociales, haciendo entrar a nuevos sectores y actores en la esfera pública de la decisión -y no sólo del consumo- de tales servicios, con ello, sindicatos, organizaciones no gubernamentales, nuevos movimientos sociales, asociaciones de usuarios, empresas mixtas, voluntariado social, etc., pueden encontrar un lugar central en un futuro diseño más racional -no sólo más rentable- del bienestar social.

Ha sido lo que ha hecho hablar de crisis social -y no sólo económica- del Estado del bienestar, esto no quiere decir que el mecanismo del Estado de bienestar se haya construido en contra de las demandas de la sociedad civil, todo lo contrario, como hemos venido diciendo la posibilidad de la "no gubernamentalidad" está en la generación de un modelo social mixto con un Estado intervencionista que cree las condiciones básicas de financiación, garantía jurídica y expresión comunicativa de ese sector social, lo que ocurre como ha establecido Albert Hirschman (1989), es que el Estado se ha visto en buena medida sobrepasado, desordenado y asfixiado por el incremento de expectativas y demandas que su propia acción ha generado. Es por esto que el sector comunitario puede orientar, organizar y cristalizar no sólo pasivamente, sino activamente las demandas ciudadanas que surgen de los diferentes *mundos cotidianos de vida*, intersubjetivamente creados a través de situaciones de interacción concreta en marcos sociales históricamente específicos -concepto de la sociología fenomenológica que tiene una importante labor que cumplir en el estudio del bienestar social (vid. García Roca 1992, pp. 44 y ss.)-, lo que representaría un auténtico *pluralismo del bienestar* (Jonsson 1990), dado que no se puede llamar pluralismo a la existencia de un sector mercantil en el campo de la atención social que ha existido, existe y existirá siempre mientras exista mercado y rentas diferenciales que puedan demandar servicios diferenciales también. Por el contrario un auténtico pluralismo daría cabida a grandes sectores de la población que o bien permanecerían excluidos de los servicios en caso de la privatización, o bien permanecerían como receptores mudos en caso de una estrategia de tipo estatalista y/o institucionalista del bienestar social. En esta estrategia *mixta* lo público y lo privado no se disuelve lo uno en lo otro, sino que se integra en proceso activo de solución de problemas en un momento de complejidad de lo social que soporta bastante mal el corte rígido de dos esferas que se vienen interpenetrando mutuamente hace más de medio siglo.

Pero si la seguridad y solidaridad del "a cargo del Estado" es hoy irrenunciable como estrategia de ciudadanía, también es cierto que esa ciudadanía no puede tener en lo público sólo un prestador mudo y ciego de servicios hipercentralizados y catalogados técnicamente, sin participación, rectificación o autorganización de los interesados y afectados directamente por ellos.

Porque, pese a los tópicos ni lo público se puede confundir con el Estado -lo que sería caer en una especie de nuevo jacobinismo,

ni la sociedad civil es el mercado como intencionadamente pretendemos hacer creer los más o menos nuevos liberales. Salir de la dialéctica cerrada y enfrentada estatalización/privatización, es, por una parte, reconocer los *efectos perversos* y desplazamientos de fines de la burocratización estatal, pero, por otra parte, también reconocer las irracionalidades excluyentes y la *negación de lo social* que supone el funcionamiento único y privilegiado del mercado. A la altura del siglo que vivimos ya sabemos que la introducción de mecanismos de mercado es fundamental para el funcionamiento de las sociedades complejas, pero el mercado debe de estar al servicio de la sociedad, no la sociedad al servicio del mercado.

3. Crisis y fragmentación de los nuevos movimientos sociales

El cambio cultural de los años ochenta ha expresado los *compromisos cambiantes* en los que la sociedad occidental se ha desenvuelto. El desencanto por lo público, lo colectivo y lo solidario, después de un período en el que esta estrategia había dado resultados en el seno del Estado keynesiano del bienestar, ha supuesto la tendencia a privilegiar las *salidas* individuales frente a las *voces* colectivas como forma de conducta mayoritaria y socialmente sancionada. La *fragmentación defensiva* ha sido pues una característica clara de todos los movimientos sociales, cuyas acciones han tendido a ser más reactivas que proactivas, esto es, han sido acciones antes fruto de lo que se considera una agresión a los espacios de autonomía e interés de los sujetos afectados que de movimientos proactivos con capacidad de plantear una acción estable, teorizada y homogeneizada mínimamente, con organización, proyección utópica y pervivencia en el tiempo. Sin embargo, su presencia, testimonial muchas veces, ha sido fundamental como última línea de contención en ocasiones dramática y pesimista, a la lógica expansiva y normalizadora del mercado y la sociedad de los ochenta.

De esta manera los nuevos movimientos sociales de carácter más activo y expresivos -ecologistas, pacifistas o de defensa de la sexualidad por ejemplo- han pasado a un estado *reactivo y defensivo*, de dramática resistencia, casi *in extremis* de desafíos civilizatorios ante los que hay que protestar por miedo inminente de colapso irreversible de carácter ecológico, bélico o social (las protestas ante la destrucción de la capa de ozono, la Guerra del Golfo Pérsi-

co o la marginación de los enfermos de SIDA han sido buena prueba de ello). El pesimismo o el supervivencialismo de una cultura de la derrota ha sustituido al narcisismo proactivo y confiado de la cultura emancipatoria de los nuevos movimientos sociales de los sesenta y principios de los setenta.

A una sociedad fragmentada y en plena desregulación, abocada a vivir en una especie de nueva Edad Media tecnocrática -como premonitoriamente la denominó Umberto Eco (1986) en uno de sus bellos e incisivos escritos-, formalmente antikeynesiana y neoliberal, con sus inocultables consecuencias de privatización y precarización, le corresponden unos movimientos *defensivos* muy fragmentados también, donde se mezclan características *cuasi-adsriptivas* (juventud, vejez, sexo, raza, etc.) con planteamientos políticos generalistas que son capaces de darle un soporte universalista a los planteamientos expresados particularmente, englobándose así problemáticas concretas en frentes como el de los derechos humanos, el antiexterminismo, el pacifismo, el ecologismo. Muchas veces se emplean medios políticos universalistas (movilizaciones generales, huelgas, manifestaciones) para conseguir unos fines económicos y sociales concretos (pensiones, reivindicaciones estudiantiles, acciones contra agresiones al medio ambiente, etc.).

Asimismo gran parte de las movilizaciones se han producido como reacción a las estrategias neoliberales de privatización y desmantelamiento del Estado del bienestar. La *política social* -su defensa o incluso su realización a partir del funcionamiento de organizaciones no gubernamentales o del voluntariado social- ha sido, de esta manera, uno de los puntos nodales de las movilizaciones de los últimos años. Las demandas sociales de tipo general o dirigidas al reconocimiento de las necesidades especiales de colectivos particularmente golpeados por la salida de la crisis de los setenta y el encumbramiento del capitalismo especulativo ulterior, se han convertido en caballo de batalla de gran parte de las acciones colectivas recientes, acciones defensivas, pero que además de hacernos entrever horizontes de reconstrucción de los actores sociales, nos han hecho descubrir que los nuevos movimientos sociales no sólo tenían que explorar y construir identidades basadas en utopías emancipatorias radicales, ya fueran progresivas o regresivas, de fuerte contenido cultural, sino que también surgen de situaciones de interacción cotidiana que expresaban necesidades, demandas y estados de expectación concretos.

De este modo, más que nunca, los movimientos sociales tienen ahora un carácter fragmentado y localizados que reproducen la oferta quebrada y fragmentada de las agencias de asistencia estatales/institucionales del *Welfare State* contra los que se plantean sus reivindicaciones (movimientos de desempleados, estudiantes, pensionistas, minusválidos, jornaleros, asistencia a la mujer, etc.). Son prácticas unas veces conscientes y otras inconscientes, muchas veces manifiestas y otras muchas latentes en torno a objetivos económicos y sociales aislados, los movimientos sociales se vuelven *movimientos problema* -literalmente de un problema- generados por la consecución de la aceptación normativa (reconocimiento institucional y social) de una *necesidad* relativamente particular pero casi siempre dramática.

Movilizaciones que se muestran así mucho menos festivas, pero fundamentales en un tiempo en que la identidad cultural y las energías utópicas de los nuevos movimientos sociales se han ido agotando y desgastando, tanto por el individualismo y el pragmatismo reinante en la actual cultura de consumo -atrincherada en una simple *cultura de la satisfacción* los sectores más promocionistas de la sociedad (Galbraith 1991)-, como por la presencia de situaciones de degradación de la solidaridad que han llegado a provocar situaciones de movilización fundamentalmente particularistas.

Este estallido del particularismo bordea inmediatamente el peligro de disolución. Si los movimientos sociales siempre se han planteado como procesos de reivindicación cristalizados desde identidades de sujetos sociales concretos, pero pensando la consecución de sus objetivos como una situación de mejora generalizada para el conjunto de la sociedad, por el contrario la aparición de *conductas colectivas* desarraigadas y poco estructuradas supone la explosión de un particularismo conflictual donde la segregación, separación o rechazo de sujetos especialmente marginados en el capitalismo de los ochenta y primeros noventa organiza situaciones difusas de movilización ultraparticularista y excluyente que poco o nada relacionadas están, si acaso muy negativamente, con cualquier avance civilizatorio.

En este ambiente se abre inmediatamente la puerta para un *repliegue social*, en el que, por una parte se produce una desmovilización y apatía social generalizada en la que se llega a perder hasta la más mínima capacidad de acción y respuesta grupal a los desafíos colectivos, es la pérdida de la *voz social* y, por otra parte, se tienden a generar situaciones donde la *manipulación del miedo*

a perder posiciones sociales y el pánico al otro considerado como un extraño producen una desestructuración y desorganización del conflicto social que teje una red de situaciones reactivas con peligro de generalizarse: Movilizaciones urbanas últimas en las que contenidos raciales, antidroga, de demandas de consumos colectivos, de populismo vecinal antipolítico, conflictos interétnicos, etc., se mezclan y entrelazan de una manera confusísima, son buena muestra de esta degradación del sentido generalista y público de la acción colectiva, síntoma, a su vez, del cambio de valores dominantes en la sociedad actual.

4. Movimientos y antimovimientos sociales

La desmovilización y el repliegue ideológico de los ochenta ha dejado, por tanto, inerte y bajo mínimos el potencial de réplica y contestación a las nuevas ideologías calientes que explotan los miedos de una sociedad que se ha hecho egoísta y perezosa, es el fermento de los *antimovimientos sociales*. Los antimovimientos sociales aparecen como nuevas movilizaciones que se alimentan del miedo y administran el pánico -como incapacidad social de encarar el futuro con esperanza y voluntad de cambio-, volviendo a configurar la figura irracional de la masa/multitud, dependiente e hysterizada típica muchedumbre irreflexiva, necesitada de un mito totalitario para romper su propia pasividad.

La construcción de identidad colectiva tiende a ser generada por grupos y actores que cristalizan y hacen activos los miedos e incertidumbres actuales. En la era del vacío social, donde se hace difícil la posibilidad de identificación positiva colectiva, empiezan a aparecer proyectos regresivos que tratan de rellenar tal vacío con falsas seguridades y certidumbres. Tales antimovimientos sociales pueden ser caracterizados por su incapacidad para plantear un proyecto de historicidad basado en identidades reales y sujetos sociales concretos (como jóvenes, mujeres, obreros o cualquier otro de los protagonistas de los movimientos sociales nuevos o viejos), sino que toda su capacidad de movilización aparece de la estereotipación de una supuesta identidad abstractamente construida que sólo es posible mantener como agresión a lo que se considera extraño, ajeno o peligroso. El proceso aparece así como una dialéctica del amigo frente al enemigo y la posibilidad de diálogo, pacto, concertación o cooperación desaparece disuelta en la agre-

sividad básica de la propuesta movilizadora. El racismo, la xenofobia, los nacionalismos agresivos, el neopoulismo degradado y prefascista, o el resurgir directo del fascismo en sus diferentes expresiones, etc., son buena prueba de antimovimientos sin más proyectos de historicidad que la identidad de otras identidades sin poder salir de la aporía del nosotros (lo seguro, lo puro, lo respetable) frente a los otros (lo peligroso, lo contaminado, lo denigrable).

Ahora bien, la aparición de estos antimovimientos sólo puede entenderse como un proceso directamente encuadrado en los cambios de la estructura social ligados a la flexibilización del modelo de producción y acumulación postfordista. De tal manera que el asentamiento de una economía basada en la fragmentación, la segmentación y la precarización de todos los procesos productivos ha dejado, por una parte en situación de desorientación y crisis de identidad al movimiento obrero tradicional incapaz de encontrar un principio de solidaridad mecánica al entrar el "blue-collar" en crisis como unificador simbólico, y por otra parte, ha roto el *radicalismo de clases medias*, que animó a los nuevos movimientos sociales: sin embargo en los ochenta, como dice Michel Wierviorka (1992, 1996), las clases medias parecen haberse desinteresado definitivamente de todo compromiso colectivo de alcance general y haberse volcado en la búsqueda exclusiva de la felicidad privada. El conflicto social tiende entonces a tomar una forma mucho más corporativista, animado por intereses particulares de grupos o cuasigrupos de interés muy concretos y, a veces, excluyentes; lo que hace que las acciones colectivas de clase media se hayan situado, muy a menudo, en un nuevo universo, en el que el problema no puede consistir ya en ubicarse con respecto a un principio general de organización social, sino sobre el avance de posiciones en la escala de la estratificación social.

Separadas tanto del poder político o financiero como del mundo de los marginados, las nuevas clases medias se han definido en los ochenta más que nunca por la participación en el consumo, por la movilidad, por las posibilidades de ascenso y el peligro de caída, pero en ningún caso por su intento activo de variar los principios generales de esta sociedad de estratificación y de exclusión, lo que explica el declive tanto de los nuevos movimientos sociales -en los que las clases medias participaron ampliamente en la década de los setenta-, como la consolidación de un espacio ampliado de actitudes y conductas que tienden al racismo, el nacionalismo agresivo, la xenofobia o el autoritarismo como defensa histerizada de los

privilegios relativamente recientes de las clases medias, ahora en peligro. Así el signo de la época ha sido la polarización y dualización social provocada tanto por la aparición de unas nuevas capas especulativo-financieras en ascenso (favorecidas por las políticas antidistributivas de oferta proliberales), como por la creación de nuevas clases marginales, expulsadas de los mercados internos y estables de trabajo o procedentes de la inmigración legal o clandestina, integradas como subproletariado en las actividades económicas más penosas. Tal polarización ha dejado en una situación de perplejidad, relegado y sin capacidad de expresar un *proyecto solidario colectivo*, a un centro social que ha tomado como modelo de conducta la despolitización, el consumo ostentoso, la adoración envidiosa de los nuevos mitos financieros y, a lo sumo, produce reacciones defensivas ante sus fantasmas exteriores que inmediatamente recogen, manipulan, agigantan y devuelven grotescamente materializados los antimovimientos sociales.

Del ciclo ascendente que protagonizaron los nuevos movimientos sociales ha quedado, sin embargo, una aceptación pasiva de gran parte de los valores y propuestas abstractas que en la línea *postmaterialista o postadquisitiva* habían puesto en circulación estos nuevos movimientos sociales a referencia, tal como ha puesto de relieve Ronald Inglehart (1991) en sus muy conocidos trabajos, al referirse constantemente a la fuerza que han cobrado en las sociedades occidentales avanzadas las actitudes de autoexpresión personal, de calidad de vida, de pertenencia a la comunidad y, en general, toda una serie de opiniones y acciones que tienden a elevarse por encima del instrumentalismo economicista. Sin embargo lo que ya resulta muy difícil de encontrar es un proyecto duradero con vocación de cierta generalidad que sea capaz de defender estos valores de una manera activa como plan conjunto de cambio social.

Por lo tanto, podemos apreciar contradicciones importantes, si bien la tendencia al asociacionismo y la movilización generalista de carácter activo es cada vez más baja en España, -como demuestran un buen número de encuestas y estudios de opinión sobre valores, sin embargo también es cierto que los valores centrales que han animado históricamente a los nuevos movimientos sociales -feminismo, antiautoritarismo, ecologismo, etc.- están difundidos y son mayoritariamente aceptados en el discurso de la opinión pública europea tal como lo han puesto de manifiesto diferentes estudios en esta línea. Lo que indica que si el frente de valores postmaterialistas ha arrai-

gado en la sociedad española donde han cobrado fuerza al igual que en otras sociedades occidentales avanzadas actitudes y acciones que sobrepasan de largo el simple carácter reivindicativo economicista. Pero, también es cierto que estos valores se *muestran*, o se ven como naturales, más que se defienden comprometidamente. Situación producto, como dice Michel Maffesoli (1990), de una socialidad tremendamente débil que va de la masa al microgrupo afectivo (la tribu), sin pasar por grupos de identificación que conecten lo individual con lo social como un proceso de intervención activa y con un proyecto de transformación histórica.

La *desregulación* y *flexibilización* impuesta por la economía postfordista -fragmentación económica y social - ha generado una socialidad blanda que ha disuelto los vínculos sociales en una grupalidad pasiva -la nueva tribalidad- incapaz de generar identidades que se opongan tanto al individualismo hedonista como a la masificación comunicativa del capitalismo ultraconsumista de fin de siglo. La desmovilización general y la parálisis del fenómeno político asociativo, muestra así una sociedad desapasionada -y en ese mismo sentido desradicalizada-, pero demasiado apática y apelmazada como para vertebrarse sobre temas colectivos, comunitarios o solidarios.

5. De los movimientos a las redes: el fenómeno de las organizaciones no gubernamentales

Sin embargo, aunque todavía sin un reflejo cuantitativo, pero ya mostrándose importante, frente al estancamiento del asociacionismo convencional -muchas veces éste con características tan ritualistas y rutinarias que lo ligan más a la intensidad burocrática que democrática de los países-, aparece un asociacionismo activo y voluntario, difícilmente descifrable usando la división tradicional entre Estado y sociedad civil. Asociacionismo militante que se teje como una red de *iniciativas ciudadanas* o *iniciativas populares* de carácter activo son las llamadas *organizaciones no gubernamentales*, organizaciones que en buena medida recogen a la vez tanto el declinar del asociacionismo clásico (político o de clase), como las expectativas de cambio que levantaron los nuevos movimientos sociales y que en este momento cristalizan a nivel particular en proyectos minoritarios pero de calado muy intenso y de profundidad considerable, lo que supone, en definitiva, un paso del movimiento

explosión a la *autoorganización consciente*. Así entre el Estado y el mercado ha nacido y viene constituyéndose lo que sociólogos procedentes de ámbitos diversos han venido a llamar "tercer sector" o "tercer sistema", compuesto por un importante volumen de organizaciones y semiorganizaciones difusas en las que ni el beneficio lucrativo, ni el triunfo en cualquier elección formal, ni la consecución de ningún poder específico anima su acción, más bien suponen una red específica de actores que tratan de presentar ante un Estado intervencionista maduro una serie de demandas político-sociales que van desde el carácter mínimamente expresivo (dar cuenta de necesidades y estados de opinión no recogidas por los conductos formales en cuestiones como defensa de minorías, grupos étnicos, grupos marginales, etc.), hasta incluso llegan a postular la gestión de fondos públicos para la atención directa y la prestación de servicios sociales determinados.

De esta manera desde organizaciones religiosas o civiles muchas veces con una larga historia que se remonta incluso a varios siglos, hasta organizaciones no gubernamentales incardinadas en el desarrollo de los derechos crecientes de los sesenta y setenta, se viene constituyendo un espacio social, en el que se insertan una extensa y tupida *red de asociaciones voluntarias*, que representa en última instancia la extensión real, social y en buena medida la implementación cívica de los derechos de ciudadanía heredados del hoy muy atacado Estado del bienestar keynesiano.

El "tercer sector" es así un espacio socializado y de *socialización activa* y voluntaria que se enfrenta tanto a la pasividad y lejanía que han desarrollado las burocracias públicas modernas como efectos no queridos, así como de su tecnocratismo, expertismo y tecnologismo constitutivo. Un espacio muy cambiante, difícilmente formalizable con un núcleo duro o central de organizaciones estables y/o históricas y un disperso y cambiante entorno entre la semiorganización y la simple movilización expresiva. Modificabilidad y variabilidad del campo que viene determinado por la variabilidad y modificabilidad de las demandas y la percepción de las necesidades de los diferentes grupos-objetivo de las políticas sociales y de los actores reivindicativos.

Aquí es donde la dinámica de la institucionalización de los movimientos sociales ha sido especialmente rica y compleja, pues si bien el fermento utópico y desmercantilizador ha sido el motor básico de la posibilidad de existencia de este tercer sector voluntario, esto no quiere decir que movimientos sociales y asociaciones

hayan devenido en lo mismo, en ningún caso, las asociaciones más bien han ocupado un lugar complementario y no disruptivo del aparato institucional, frente a los movimientos sociales activos, mucho más difusos, desplegados generalmente *contra* los aparatos y formas jurídicas instituidas y más cercanos a la expresión global y la participación alternativa política y social, que a la canalización de demandas parciales, estables y perfectamente diferenciadas.

Un asociacionismo voluntario y comunitarista ha venido, por lo tanto, a constituirse como una de las dimensiones semiocultas, pero fundamentales del avance contemporáneo del Estado benefactor. Un asociacionismo que ha sido, a la vez, tanto límite como resultado de los sistemas de legitimación del capitalismo maduro, por una parte porque ha nacido, o por lo menos ha tomado su dimensión moderna como resultado de la legitimación extramercantil y desmercantilizadora que ha supuesto el keynesianismo económico y la socialdemocratización material de las sociedades contemporáneas en el ámbito occidental, por otra parte porque ha explorado y explotado los límites de ese proceso de legitimación para dar cuerpo y sustancia a unos espacios de necesidad social en gran medida invisibles a los sistemas de detección de demandas e implementación de políticas públicas dispuestos profesionalmente por el Estado social.

Las organizaciones no gubernamentales al concentrar la acción colectiva sobre objetivos concretos y bien definidos en la mayoría de sus actuaciones, tienen la ventaja de los grupos pequeños y bien estructurados en cuanto a grado de coherencia y eficacia en la búsqueda de sus objetivos programáticos, cosa que siempre han señalado los teóricos de la acción colectiva finalista, encontrándonos aquí más con *grupos de ciudadanía* que con simples coaliciones de interés.

Sin embargo, además de quebrado, difuso y difícil de delimitar, las ambigüedades político-ideológicas que crea el tema son múltiples y complejas. Desde las posiciones neoliberales se plantean las asociaciones voluntarias y el sector informal en general como la hoja de parra para cubrir vergonzantemente las demandas de necesidades infraeconómicas que quedan fuera de los canales económicos ordenados, lo que sería volver a resituar el campo de la necesidad en un lugar *residual* y a las asociaciones voluntarias en un lugar meramente asistencialista y caritativo, o como empresas encubiertas; otras posiciones igualmente neoconservadoras apuestan por el apoyo y fortalecimiento de estas asociaciones voluntarias hasta ser

convertidas en auténticas corporaciones de los social actuando en una sociedad de grandes organizaciones, lo que supondría el aumento de la burocratización y la corporatización de la sociedad, esta vez desde lo privado. Con todo, parece, por el momento, más lógico y cercano a la realidad, hablar de complementación y retroalimentación del sector no lucrativo y del sector público en la detección, respuesta y solución de problemas sociales de todo tipo.

Parece por tanto que el ciclo lógico-temporal de los nuevos movimientos sociales surgidos en los años sesenta -cumpliendo una dinámica que anima a todo movimiento social y que va de la contrainstitución a la institucionalización parcial de una de sus partes y a la pervivencia de otras en el movimiento se ha cumplido en este último decenio. Así parte de las propuestas discursivas de aquellos movimientos han sido recogidas por la política instituida, ya sea en forma de compromiso en los programas electorales convencionales -aunque sólo sea nominalmente-, ya sea en forma de agendas e instituciones específicas del Estado social creadas para cubrir las necesidades y demandas expresadas por los primeros movimientos sociales, igualmente, un contingente importante de sus efectivos humanos también empezaron a formar parte de las filas de la política oficial o de la vida profesionales. Por otra parte sigue existiendo un núcleo alternativo con capacidad esporádica de movilización y organización expresando disidencias y planteando la creación de frentes políticos de corte más o menos alternativo que han ido desde el ecologismo, el antimilitarismo, pasando por una amplia gama de propuestas reivindicativas o comunicativas.

6. Reconstrucción de la ciudadanía activa

Dos fenómenos fundamentales tenemos que considerar de cara a la reconstrucción de los movimientos sociales en las sociedades occidentales actuales, en primer lugar que la estructura económica y social de la economía de los noventa va a crear situaciones e identidades sociales nuevas incapaces de ser analizadas en relación a modelos ya agotados, en segundo lugar y directamente ligado a lo anterior, que los nuevos movimientos sociales surgirán y deberán ser replanteadas precisamente en función de un escenario gobernado por estas nuevas situaciones e identidades.

Así, en primer lugar, el modelo de acumulación económica que está cristalizando implica una fuerte transnacionalización de todo

tipo de flujos y actividades productivas y reproductivas, con una fuerte extraversion hacia las semiperiferias avanzadas de la fabricación en serie de los productos industriales, la postindustrialización y rápida dispersión/reducción cuantitativa del tejido industrial en los países centrales y por fin el hundimiento y depresión en la más absoluta miseria, olvido y ostracismo a grandísimas zonas del planeta históricamente subdesarrolladas o más recientemente deprimida porque sus materias primas ya no tienen valor como factores de producción en la industria avanzada. Esta situación ha provocado, a nivel mundial, nuevas emigraciones e inmigraciones, migraciones además que toman un signo nuevo cuantitativa y cualitativamente -pues movimientos migratorios han existido siempre y mucho más después de la Segunda Guerra Mundial hacia las zonas desarrolladas de Europa y América del Norte-, ya que refleja una situación de miedo y cierre social provocado por los recortes al Estado del bienestar, la pérdida del postulado del pleno empleo dentro de las políticas económicas públicas, el envejecimiento de las poblaciones accidentales y la tendencia a crear grandes bolsas de *apartheid* social como forma de garantizar la rentabilidad de la moderna economía flexible. Si a ello le añadimos la masa de mano de obra descualificada y/o excedente, los trabajos precarios, el subempleo, el desempleo estructural, etc., podemos vislumbrar un panorama en el que emergen gran cantidad de identidades sociales tremendamente débiles en las que se tiende a acumular todos los costes sociales del actual modelo de acumulación económica y que resultan difíciles de agregar a la cultura política y los intereses económicos de la clase obrera tradicional.

Situaciones como la inmigración, con sus secuelas de marginación y segregación o cualquier otra que exprese la consolidación de subclases o situaciones de "nueva pobreza", se están convirtiendo en estructurales debido al modelo postfordista de máxima movilidad y flexibilidad en la utilización de recursos sociales y económicos, especialmente de la fuerza de trabajo. Situaciones que se convierten en el eje central para la reconstrucción de los nuevos movimientos sociales, ya que estos tendrán que dar respuesta tanto a los peligros de desmotivación y desmovilización del mundo del trabajo -cada vez más en peligro de producir *identidades corporativas* como resultado de la fragmentación y remercantilización ofensiva del modelo postfordista lo que rompe la posibilidad de encontrar en la clase económica la fuente única y mecánica de identidad y solidaridad-, como a la dificultad que tienen las infracla-

ses, y especialmente las actuales, de dotarse de instrumentos simbólicos y organizativos para generar una identidad activa.

Es lógico, por tanto, que los actuales movimientos sociales se estén construyendo, y tenderán probablemente a construirse, como respuesta solidaria a los antimovimientos regresivos y autoritarios, así como en forma de iniciativas para hacer entrar en la historia y en la sociedad a los nuevos *sujetos frágiles o débiles*, esto es, a los colectivos socialmente marginados y codificados como desviados, expulsados por la nueva articulación del capitalismo postfordista. El reconocimiento, la denuncia, y en muchos casos el primer paso para un intento de solución activa de necesidades, muchas veces extremas, que el descompromiso social, la mercantilización y empresarialización de la vida cotidiana y la privatización de parcelas del *Welfare State* han dejado fuera, se han convertido en los motivos fundamentales de movilización colectiva de los noventa.

Esto no quiere decir que buena parte de las identidades y culturas que animaron a los que ya pueden considerarse como nuevos movimientos sociales "clásicos" sigan manteniéndose de fermento movilizador fundamental, pero lo que sí ocurre es que se han producido acontecimientos que sitúan en terrenos bien diferentes el repertorio de motivos de actuación y las estrategias de acción de los movimientos actuales si los comparamos con los nuevos movimientos sociales de los sesenta.

Lo que en aquellos fue pensar las nuevas identidades no reconocidas por la política formal, en la actualidad es pensar *la alteridad negada*, lo que fue defender y construir lo privado cotidiano frente a la *colonización y juridificación* de lo público hoy es defender lo público participativo frente lo privado desintegrador, lo que entonces suponía *radicalizar las contradicciones del Estado del bienestar* ahora se convierte en la reconstrucción, solidificación y avance del mismo. Lo que allí fue un canto a la *nueva marginalidad* -la supuesta marginalidad opulenta de la contracultura marcusiana de las clases medias radicalizadas- hoy es y debe ser un grito por la *solidaridad*.

Minifundismo, falta de coordinación, falta de recursos y desinterés estatal, hacen de este sector de las organizaciones no gubernamentales y del voluntariado todavía un espacio demasiado fragmentado y quebrado para convertirlo en algo así como en una especie de vía de salvación de lo social/comunitario. Pero precisamente por que en la propia práctica de este sector cooperativo antes que la búsqueda del supersujeto social alternativo,-objetivo de aquella contracultura

que muchas veces se convirtió en subcultura- existe la voluntad de resolver problemas concretos y muchas veces pequeños se convierte en un principio civilizatorio, pequeño, pero hermoso, al que no hay que desdeñar como contenedor de las presiones de los antimovimientos sociales o simplemente del delirio ultramercantilizador.

Como ya hemos apuntado, uno de los más grandes sociólogos de la historia, Emilio Durkheim, consideraba que a finales del siglo XIX que una nueva solidaridad orgánica basada en las potencialidades positivas de la división del trabajo iba a garantizar la estabilidad de las sociedades occidentales. Más de un siglo antes, Adam Smith había visto en la división del trabajo precisamente la riqueza de las naciones, y en la anónima mano invisible del mercado sería capaz de generar acumulación, pero el siglo XIX demostró -y Marx constató como crítico radical del proyecto moderno- que además de acumulación era capaz de generar sangrantes situaciones de explotación y enormes costes sociales. Durkheim, previó sin embargo el rostro humano de la división del trabajo asentándola sobre el pacto institucional y público de asentar una solidaridad por complementariedad, por necesidad de unos con respecto a otros, Durkheim, en suma, veía que en la madurez de la división del trabajo habría la posibilidad de armonizar cohesión social con acumulación económica. En buena medida el Estado keynesiano del bienestar materializaba la promesa de solidaridad orgánica de Durkheim generando un Estado contributivo, en el que se dotaban las bases para mantener mecanismos de cierta redistribución parcial pero efectiva y de cierta seguridad en el futuro, basado en la centralidad del trabajo social. El Estado era, pues, el garante básico de la solidaridad, un Estado que por supuesto respetaba la división capitalista del trabajo pero que la moderaba al darle un contenido solidario, un contenido de igualdad, cuando menos formal, de derechos y deberes sociales.

Sin embargo, en estos momentos con el proceso de privatismo y privatización generalizado en que nos encontramos, y de constitución de los elementos que refuerzan una ciudadanía mercantil, conocemos también una desarticulación de la solidaridad pública. No es por casualidad, que sea en estos momentos cuando más se habla de solidaridad, cuando se fragua a la vez la cultura descompromiso de lo público y de desinstitucionalización de la solidaridad. De tal manera que cuando los costes sociales -a nivel nacional e internacional- del reciente regreso al "mercado total" se hacen inculcables y cuando el nivel de exclusión social empieza a ser preo-

cupante incluso para los gobernantes neoliberales se lance oficialmente o paraoficialmente el discurso de la solidaridad. Pero este discurso de la solidaridad es bien especial, no se postula como un sistema social general de previsión y estabilización de los riesgos, sino como un conjunto de actuaciones voluntarias, parciales, personales, o pseudomercantiles (dependientes de las políticas de imagen de las empresas) para remediar situaciones de desintegración social consideradas fruto del azar o la naturaleza inalterable del ser humano. La solidaridad se ha convertido simplemente en un elemento en el que las voluntades privadas de ciertas personas actúan u operan para garantizar un cierto bienestar a otras, o sea en un simple deseo íntimo de ciertas personas que disponen de su libertad de elección para actuar ante motivaciones no tanto sociales como morales. En este sentido, el proyecto de privatización es un proyecto también de cambio de los sistemas de solidaridad, es el paso de una solidaridad institucional basada en la razón pública, en la razón común -y por ello su definición depende del pacto político que escritura el sistema de necesidades colectivas, concebido como necesidades sociales- a una solidaridad fragmentada y parcial basada fundamentalmente en motivos íntimos de buena humanidad -motivos del corazón- o en actos de compasión. De nuevo la privatización es algo que va mucho más allá que un simple cambio de titularidad jurídica, es la subordinación de las necesidades colectivas a los deseos privados -aspecto nada novedoso para el integrismo liberal- y el resurgir del pietismo caritativista en forma de desestructuración y precarización del Estado social.

Frente al Estado mínimo, pero preautoritario, es necesario recalcar la ya absoluta indisolubilidad entre el avance de la democracia y la construcción progresiva de un Estado que garantice no sólo derechos formales, sino también servicios reales y, al contrario, que la reducción de servicios significa a la vez una involución democrática sin paliativos. Por otra parte es necesario resaltar el carácter estructural y básico del crecimiento del Estado, simplemente por el hecho de que es un producto tanto de la relación de fuerzas sociales que han protagonizado la vida política y económica de las sociedades occidentales en las últimas décadas, como de las necesidades mismas de las economías privadas y el sistema de mercado, ya sea en su vertiente acumulativa (infraestructuras, disposición de capital humano y elementos subsidiarios del proceso productivo, etc.), ya sea en su vertiente directamente reguladora (ordenamiento industrial, mediación en los procesos de concentración y centrali-

zación del capital, regulación de mercados, etc.). Las perversas intenciones de los burócratas estatistas de hacer crecer el sector público -que se aducen desde los sectores más conservadores como razón del crecimiento estatal- se deshacen así en razones más fuertes. La cuestión del Estado, planteada de una manera realista, en estos momentos no es la de la cantidad de Estado -como pretenden los neoliberales al uso-, puesto que el volumen de la economía ocupada por el Estado es y seguirá siendo importantísimo, sino qué tipo de Estado debería de ser y cómo podría satisfacer las necesidades y los derechos de aquellos a quienes debería servir más que dominar. El supuesto Estado mínimo es un instrumento fuerte para eliminar todas las trabas existentes a la libertad de mercado, reduciendo cualquier derecho individual, sindical, político o social que interfiera con el pleno despliegue de las redes mercantiles.

Conclusión: La ciudadanía compleja

El carácter no sólo mejorable sino transformable del Estado del bienestar es hoy evidente, sus ineficiencias, sobreburocratización, monolitismo, desorganización, alejamiento de la ciudadanía, etc., son bien conocidos no sólo por los teóricos sino por los más corrientes usuarios cotidianos. Pero esto a nuestro modo de ver reclama más una *radicalización en el carácter democrático* del Estado social y su capacidad para satisfacer necesidades colectivas, abriendo cada vez más espacios de decisión y de constitución del consenso sobre los que deben ser consideradas como necesidades normativas, que su brutal recorte y sustitución por cualquier sucedáneo de un Estado autoritario.

La burocracia que se ha generado alrededor de los Estados del bienestar occidentales no solamente ha sido producto de sus parámetros de funcionamiento técnico o de la concentración de demandas sobre los aparatos administrativos, también es el resultado de la propia falta de participación de los sujetos implicados en él. El Estado de bienestar keynesiano supuso fundamentalmente un seguro público que en muchos casos funcionó de manera demasiado lejana a la ciudadanía política activa, fomentando también la desafección social y su poco apoyo colectivo. En estos momentos, si no queremos caer en el discurso del privatismo absoluto, tenemos que reconocer que desburocratizar el Estado del bienestar no es remercantilizar, sino movilizar para abrir y ampliar los espacios

de participación, lo que significa, en último término, encontrar nuevos discursos y nuevas posibilidades de armar convenciones coherentes para los miembros de unas sociedades cada vez más fragmentadas como son las sociedades occidentales; y en ese sentido, hay que postular una nueva ciudadanía compleja que lejos de reclamar identidades pasadas tendrá que fusionar y crear identidades políticas presentes y futuras.

La crisis actual del Estado del bienestar puede ser un paso central para el redescubrimiento de la ciudadanía social, en el sentido de la participación democrática y de la movilización de las identidades sociales. Pero también tiene que ser un paso de conexión y de reconocimiento de otras identidades, comunidades, territorios y circunstancias. El discurso de la privatización hoy en día ha producido únicamente un sistema de convenciones fundamentalmente economicista y de pérdida de identidad de las comunidades y los grupos sociales concretos, para convertirse éstos en espacios de subordinación del trabajo y de la ciudadanía a las maniobras financieras informacionales internacionales. Pero esa economía virtual genera también más costes sociales que los podemos evaluar de manera inmediata, y que tenemos que internalizar en nuestros espacios locales. Los barridos económicos de las empresas-red acaban asumiéndose, de manera mejor o peor, en espacios concretos y nada virtuales, nuestros espacios de convivencia cotidianos. Espacios que no pueden convertirse sencillamente en unos espacios descomunitarizados, sin capacidad de diálogo y acuerdo social. Nuestros espacios tienen que ser cada vez unos espacios más participativos y democráticos. Unos espacios que hagan que lo social sea también algo cotidiano, y no simplemente un efecto añadido de lo económico, surgidos de la posibilidad de articular esta ciudadanía compleja. De la posibilidad, en suma, de que movimientos sociales, comunitarios, de solidaridad nacional e internacional sean capaces de establecer un criterio de articulación entre lo público y lo privado, que no sea sólo un criterio económico, depende nuestro propio futuro del bienestar.

El bienestar deberá generar también redes, redes que nos defiendan de la inseguridad, del miedo, de la especulación y de un mundo fundamentalmente cada vez más lejano de lo social. La frontera inmaterial del capitalismo está en estos momentos atravesándose a partir de la desintegración de lo social. La rearticulación de ese capitalismo inmaterial tendrá que ser social o, simplemente, viviremos en una sociedad cuyos beneficiarios sean cada vez más

escasos y sus padecedores cada vez más numerosos. Y ello exige una nueva racionalización y flexibilización del Estado del bienestar que sea más austero y menos megalómano, pero a la vez más atento a las demandas concretas, cercanas y reales; mucho más descentralizado y participativo, y con la tendencia a atribuirle obligaciones sociales a los que son titulares de derechos de bienestar, lo que supondría una reconstrucción de la propia condición de ciudadanía. Las disfunciones burocráticas no son sólo un problema de las organizaciones estatales, sino de toda gran organización que se hace opaca, desmotivadora y antiparticipativa, su remedio no es por lo tanto sólo la privatización, sino la introducción de mecanismos de comunicación, descentralización y relación entre los funcionarios y los usuarios, los incentivos de interés pueden ser una vía en la consecución de organizaciones más ágiles, pero también los incentivos comunitarios de identidad, solidaridad y ciudadanía política pueden ser tremendamente efectivos en ese fin. De nuevo aquí hay que salir de las aporías del "*pensamiento único*" mercantil en avance.

Un Estado del bienestar más participativo, y que si está flexibilizado en función de las necesidades de una nueva economía, también tiene que estar flexibilizado en función de las necesidades una nueva ciudadanía. Una ciudadanía que reconozca el derecho a la igualdad y no sólo la posibilidad de competitividad. Como decíamos antes, gran parte del discurso actual es un discurso centrado en el que el Estado debe dejar de ser un Estado benefactor para convertirse en un Estado empresarializador, sin embargo, ese paso no puede darse sin dejar desprotegidos socialmente a los ciudadanos. Tenemos que rearticular también nuestra visión activa hacia esas zonas de vulnerabilidad y exclusión social. Integrarlas en la ciudadanía completa. Generar redes ciudadanas, y redes de regiones que no sean solamente las redes determinadas por el efecto global. Tenemos que conseguir, en suma, que la potente descentralización productiva y financiera no acabe con su discurso barriendo la idea de ciudadanía y los derechos que le son consustanciales, derechos que son fundamentalmente sociales.

El diálogo entre un sindicalismo cada vez más atento a los nuevos modelos de trabajador disperso y difuso, con los nuevos movimientos sociales, sensibilizados a las identidades de los sujetos frágiles no laborales es fundamental para encontrar nuevos espacios de comunicación y de movilización. El trabajo, y la realidad salarial por sí mismo, cada día parece más limitado como elemento de

generación de identidad homogénea y autónoma puesto que este elemento está cada vez más desarticulado socialmente y presenta situaciones que hacen muy difícil la propia solidaridad mecánica que surge por homogeneidad de horizontes vitales comunes, sin embargo la defensa de lo público y de una ciudadanía social basada en los derechos de bienestar parece un elemento básico y sustancial en el reforzamiento de la solidaridad institucional general.

La privatización tal como se está planteando en estos momentos supone, en suma, hacer del mercado una realidad prácticamente natural, intrínseco al hombre e impuesto sobre toda situación como el indicador político y social fundamental de las naciones. Pero si bien hoy sabemos que los mecanismos del mercado son necesarios en la generación de riqueza y en la asignación de recursos, hay que llamar la atención sobre las diferencias que existen entre considerar al mercado como un conjunto de sistemas concretos -con virtudes y fallos más o menos compensables-, producto de la modernidad y al servicio de la sociedad; y otra, adorarlo como una inexistente realidad metafísica a la que hay que sacrificar toda la sociedad. De lo que se trata, en suma es de rescatar el proyecto moderno por su lado más progresista y social y no por su lugar más destructivo y feroz.

Los nuevos movimientos sociales aparecidos en los años sesenta/setenta supusieron la reivindicación de la identidad postadquisitiva de ciertos colectivos fundamentalmente ligados a las nuevas clases medias ascendentes -estudiantes, mujeres, jóvenes, etc-; y si el sindicalismo adaptado al pacto keynesiano respondía a las identidades del obrero industrial fordista, hoy en día es fundamental no sólo reconocer, expresar y reforzar la identidades de esos sujetos, sino también abrirse a las alteridades generadas por la fragmentación social postfordista, dándole voz a los que no tienen voz, porque se han convertido en excluidos, precarizados, fragilizados o silenciados por el mercado total. Si el discurso del consumidor es el más fácil de establecer porque es el discurso del egoísmo, el deseo material y el homo oeconomicus -el de la ciudadanía de pago-, tenemos que encontrar nuevos discursos alternativos, nuevos conceptos de ciudadanía basados precisamente en la diversidad, la alteridad, y el pluralismo, abriendo la posibilidad de articular espacios y situaciones que no sólo sean la situación del privatismo mercantil.

Referencias bibliográficas

Dado que el origen de este texto es una conferencia, hemos preferido mantener su estilo en la transcripción y añadir en este apéndice los elementos bibliográficos que lo soportan y que pueden servir al lector interesado como textos avanzados para complementar y profundizar en los temas que en este trabajo se han abordado.

Así además de los autores que en el texto hemos citado, incluimos una pequeña revisión bibliográfica que le puede resultar útil a los lectores de este trabajo. Así para el estudio de la evolución y transformación de los nuevos movimientos sociales ver Offe (1988), Eder (1993), Danton y Kuechler (1992), Melucci (1991) y Alonso (1994). Mientras que para el tema del voluntariado y el asociacionismo activo vid Casado (1993), Funes(1995) y Alonso (1996)., En cuanto al tema de la transformación de los valores en la sociedad contemporánea ver: Hirschman (1986 y 1989), Inglehart (1991), y Orizó (1991). Igualmente para el tema de los antimovimientos sociales y el peligro de la democracia véase: Wierwiorka (1992 y 1996), así como Cohn-Bendith y Smith (1995) y Touraine (1994). Por fin las nuevas relaciones entre identidades sociales, movimientos y el Estado y la sociedad civil en la reconstrucción de las redes de bienestar se encuentran estudiadas en Riechman y Fernandez Buey (1994), Rodríguez Cabrero (1991), Laraña y Gusfield (1994), así como Dabas y Najmanovich(1995).

De gran interés porque abordan directamente el tema de la privatización y su reacción con el desmantelamiento del Estado del bienestar keynesiano son los libros de Cookson (1992), Fitoussi (1996) , Kamerman y Kahn (1993), Kliksberg (1989) y Rodríguez Cabrero (1991).

Así para problemas generales de definición y desarrollo de "la sociedad del trabajo", véase Offe (1992), Anisi (1988), Vicent (1987), Finkel (1994), Gorz (1995) y Alonso y Pérez Ortiz (1996).

En cuanto a la definición del modelo de acumulación económica, regulación social, ciudadanía y consumo de masas como un todo articulado vid: Gauron y Billaudot (1987), García Canclini (1995) y Alonso y Conde (1994).

Las vinculaciones entre el capitalismo global, financiero y virtual y sus relaciones con el nuevo desorden neoliberal se encuentran en Montes (1996), Altvater (1993), Bourguinat (1995) y Alonso y Conde (1996)

Obras de síntesis muy completas sobre el tema de la constitución, avance y crisis del Estado del bienestar de amplia difusión en nuestro entorno cultural han sido las de Muñoz del Bustillo (1989); Mishra (1992) y (1993); Phaller y Gough y Therborn (1993) y Rosanvallon (1985)

El tema de las transformaciones del sentido del mercado y las relaciones de trabajo y los modelos de constitución de las relaciones laborales, se aborda sistemáticamente en Boyer (1986), Martín Artilles (1995), Erbes-Seguin (1994) y Alonso (1994).

Las transformaciones en el mundo del trabajo y su influencia sobre la estructura social general se encuentra tratada en Prieto (1994), Crouch (1995), Mingñone (1993) y Salais, Baverez y Reynaud (1990).

El cambio cultural, la transformación de los valores, el surgimiento de movimientos sociales y la aparición de estilos de vida no vinculados directamente a un modo de existencia laboral se encuentran analizados en Inglehart (1977 y 1991), Melucci (1989), Touraine (1994) y Alonso (1992).

Para el tema fundamental de las nuevas relaciones entre trabajo, ciudadanía y exclusión social en una economía globalizada y remercantilizada, vid: Dahrendorf (1983 y 1991); Alabart, García y Giner (1994), Galbraith (1992), Réich (1993), Monereo Pérez (1996) e Ibarra (1994). Para el tema más concreto, pero muy sintomático, de la ciudadanía europea atrapada en el dilema ¿irreconciliable? de la modernidad -acumulación o progreso social-, véase: Bilbeny (1996), Perulli (1995), Preuss (1995) y Wellmer (1996).

Sobre el tema del riesgo, la seguridad y la vulnerabilidad como forjadores y reguladores del vínculo social en la modernidad y la postmodernidad, así como los cambios que estamos experimentando de los modelos de solidaridad vid. Castel (1995), Rosanvallon (1995), Giddens (1993), Frank y Cook (1995), Beck (1992) y especialmente centrado en el debate de la intervención del Estado, Anisi (1995).

Por fin, una reflexión más que necesaria imprescindible sobre vías de transformación de la relación salarial, el empleo, las tareas y los servicios, así como de sus concepciones en la sociedad actual en lo que respecta a la modificación de la jornada, la distribución, la retribución indirecta, los contenidos o la apreciación social del trabajo está en Aznar (1994), Schor (1994), Rigudiat (1993), Gorz (1994) y Muet (1994) y Laville (1992).

Las corrientes de diseño sociotécnico del trabajo y la tecnología, así como el debate sobre nuevas formas de estructuración de las organizaciones productivas, más allá del burocratismo fordista, se encuentran en Castillo (1991), Reed (1992), Doeringer y Piore (1985) Sabel y Piore (1990).

Conviene también echar un vistazo a la literatura que aborda el sentido económico, social y personal de las relaciones entre mercado y trabajo humano; en esto siguen siendo imprescindible Arendt (1993 y 1995), Polanyi (1994), y con carácter compilatorio Pahl (1988).

Los efectos queridos y no queridos de la economía como disciplina profesional y teórica en la vida cotidiana de las personas, generadora de convenciones, así como los métodos para construir el moderno imperialismo de lo económico reinante y dominante sobre todas las esferas de lo social se encuentra el Orléan (1994), Baumol y Blackman (1993), Krugman (1994) y Perret y Roustang (1993). En el análisis subsiguiente de la difusión e imposición por los medios de comunicación de masas y los poderes políticos oficiales del economicismo neoliberal, hasta convertirlo en "pensamiento único" es ya habitual la referencia a Chomsky y Ramonet (1995).

ALABART, A., GARCIA, S. y GINER, S. (Eds.) (1994), "*Clase, poder y ciudadanía*", Madrid, Siglo XXI.

ALONSO, L.E. (1991), "Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación" en José Vidal Beneyto (ed.), "*España a debate*", Madrid, Tecnos, vol. 2 ("La sociedad"), pp. 71-98.

ALONSO, L.E. (1992), "Postfordismo, fragmentación social y crisis de los nuevos movimientos sociales" en *Sociología del Trabajo* nº 16.

ALONSO, L.E. (1994a), "Macro y microcorporatismo: las nuevas estrategias de la concertación social" en *Revista Internacional de Sociología* nºs. 8/9, mayo-diciembre.

ALONSO, L. E. (1994b), "Crisis y transformación de los movimientos sociales en un entorno postfordista" en Pilar del Castillo (Ed.), "*Comportamiento político y electoral*", Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 577-606.

ALONSO, L.E. (1996), "De los nuevos movimientos sociales al asociacionismo: el tercer sector", en "Rodríguez Cabrero, Gregorio

- (Ed.), *"Las entidades voluntarias en España. Institucionalización, estructura económica y desarrollo asociativo"*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, pp. 101-122.
- ALONSO L.E. y CONDE F. (1994), *"Historia del consumo en España"*, Madrid, Debate.
- ALONSO L.E. y CONDE F. (1996), "Las paradojas de la globalización: la crisis del Estado del bienestar nacional y las regiones vulnerables", en *Revista de Estudios Regionales*, nº 44, enero - abril.
- ALONSO, L. E.h y COROMINAS D. (1995), "Estado y mercado en el contexto de la glocalización: un ensayo de interpretación sobre el modelo social madrileño", en *Economía y Sociedad* nº12, junio.
- ALONSO, L. E. y PEREZ ORTIZ L. (1996), *¿Trabajo para todos?. Un debate necesario*, Madrid, Ediciones Encuentro.
- ALTVATER, E. (1993), *"The Future of the Market"*, Londres, Verso.
- ANISI, D. (1995), *"Creadores de escasez. Del bienestar al miedo"*, Madrid, Alianza.
- ANISI, D. (1988), *"Trabajar con red: un panfleto sobre la crisis"*, Madrid, Alianza.
- ARENDDT, H. (1993), *"La condición humana"*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- ARENDDT, H. (1995), *"De la historia a la acción"*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- ATTALI, J. (1989), *"Historia de la propiedad"*, Barcelona, Planeta.
- ATTALI, J.(1994), *Europa(s)*, Barcelona, Seix Barral.
- BOYER, R. (1992), *La teoría de la regulación*, Valencia, Edicions Alfons el Magnanim.
- AZNAR, G. (1994), *"Trabajar menos para trabajar todos"*, Madrid, HOAC.
- BAUMOL, W.J. y BLACKMAN, S.A. (1993), *"Mercados Perfectos y Virtud Natural. La ética de los negocios y la mano invisible"*, Madrid, Celeste/Colegio de Economistas.
- BECK, U. (1992), *"Risk Society. Towards a New Modernity"*, Londres, Sage.
- BILBENY, N. (1996), *"Europa después de Sarajevo. Claves éticas y políticas de la ciudadanía europea"*, Barcelona, Destino.
- BOURGUINAT, H. (1995), *"La tyrannie des marchéés"*, París, Económica.
- BOYER, R. (Ed), (1986), *"La flexibilidad del trabajo en Europa"*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

- CASADO Demetrio (1993), *Las organizaciones voluntarias en España*, Barcelona, Hacer.
- CASTEL, R. (1995 a), *"Las Metamorphoses de la question sociale"*, París, Fayard.
- CASTILLO J.J. (Ed.) (1991), *"Las nuevas formas de organización del trabajo"*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- COHN-BENDITH Daniel Y SCHMITH Thomas (1995), *Ciudadanos de babel. apostando por una democracia multicultural*, Madrid. Talsasa.
- COOKSON, P.W. (Ed.) (1992), *"The Choice Controversy"*, Newbury Park, California, Corwin Press.
- CROUCH, C. (1995), "Exit or Voice: Two Paradigms for European Industrial Relations After the Keynesian Welfare State", *European Journal of Industrial Relations*, vol. 1º, nº1. marzo.
- CROZIER M. y otros (1975) *"The crisis of democracies. Report of the governability of democracies"*, Nueva York, New York University Press.
- CHOMSKY N. y RAMONET I. (1995), *"Cómo nos venden la moto"*, Barcelona, Icaria.
- DABAS, Elina y NAJMANOVICH, Denise (Eds.), (1995), *"Redes. El lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil"*, Buenos Aires, Paidós.
- DAHRENDORF, R. (1983), *"Oportunidades vitales. Notas para una teoría social y política"*, Madrid, Espasa Calpe.
- DAHRENDORF, R. (1991), *"El moderno conflicto social"*, Madrid, Mondadori.
- DALTON R. J. y KUECHLER M. (Eds.) (1992), *"Los nuevos movimientos sociales"*, Valencia, Ediciones Alfons el Magnánim, 1992.
- DOERINGER, P.B. y PIORE, m. (1995), *"Mercados internos de trabajo y análisis laboral"*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- ECO, Umberto (1986), "Hacia una nueva Edad Media", recogido en el volumen, *"La estrategia de la ilusión"*, Barcelona, Lumen.
- EDER Klaus, *"The new politics of class Social movements in advanced societies"*, Londres, Sage, 1993.
- ERBES-SEGUIN, S. (1994), *"L'Emploe: dissonances et défis"*, París, L'Harmattam.
- FINKEL, L. (Ed.) (1994), *"La organización social del trabajo"*, Madrid, Pirámide.
- FITOUSSI, J.P. (1996), *"El debate prohibido"*, Barcelona, Paidós Ibérica.

- FRANK, R. H. y COOK, PH.J. (1995), *"The Winner takes All Society"*, Nueva York, Free Press.
- FUNES, M^ªJ. (1995), *La ilusión solidaria*, Madrid, UNED.
- GALBRAITH, J. K. (1991), *"La cultura de la satisfacción"*, Barcelona, Ariel.
- GARCIA CANCLINI, N. (1995), *"Consumidores y ciudadanos"*, Méjico, Grijalbo.
- GARCÍA ROCA, J. (1992), *"Público y privado en la acción social"*, Madrid, Editorial Popular.
- GAURON, A. y BILLAUDOT, B. (1987), *"Crecimiento y crisis. Hacia un nuevo crecimiento"*, Madrid, Siglo XXI.
- GIDDENS, A. (1993), *"Consecuencias de la modernidad"*, Madrid, Alianza.
- GILDER, G. (1984), *"Riqueza y pobreza"*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos.
- GORZ, A. (1994), *"El trabajo debole"*, Roma, Edizioni Lavoro.
- GORZ, A. (1995), *"Metamorfosis del trabajo. Busqueda del sentio"*, Madrid, Sistema.
- HABERMAS, J. (1988), *Ensayos políticos*, Barcelona, Península.
- HARRIS, D. (1990), *"La justificación del Estado de bienestar"*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales.
- HARRIS, R. (1989), *"Más allá del Estado del bienestar"*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos.
- HIRSCH, F. (1984), *"Los límites sociales al crecimiento"*, México, FCE.
- HIRSCHMAN, A. O. (1986), *"Interés privado y acción pública"*, México, Fondo de Cultura Económica.
- HIRSCHMAN, A. O. (1989), *"Enfoques alternativos sobre la sociedad de mercado"*, México, Fondo de Cultura Económica.
- IBARRA, D. (1994), *"Interdependencia, ciudadanía y desarrollo"*, México, Fondo de Cultura Económica.
- INGLEHART, R. (1977), *"The Silent Revolution"*, Princeton, Princeton University Press.
- INGLEHART, R. (1991), *"El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas"*, Madrid, CIS/Siglo XXI.
- JESSOP, B. (1994) *Post-Fordism and the State*. En Amin, A. (Ed) *Post-Fordism: A Reader*. Oxford: Blackwell.
- JOHNSON, N. (1990), *"El Estado del bienestar en transición"*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- KAMERMAN, SH.B. y KAHN, A.J.(Eds.) (1993), *"La privatización y el Estado benefactor"*, México, Fondo de Cultura Económica.

- KLIKSBERG, B. (1989), *"Cómo transformar al Estado"*, México, Fondo de Cultura Económica.
- KRUGMAN, P. (1994), *"Vendiendo prosperidad"*, Barcelona. Ariel.
- LARAÑA E.y GUSFIELD J. (Eds.) (1994) *"Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad"*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- LAVILLE, J. L. (1992), *"Les Services de proximité en Europe"*, París, Syros.
- LEONARDIS de, o. (1992), "Políticas sociales: reinventar nuevos parámetros", en Alvarez Uría, Fernando, *"Marginación e inserción"*, Madrid, Endymion, pp. 55-66.
- LOPEZ ARANGUREN , J. L. (1988), "Estado y sociedad civil", en AA. VV. *Sociedad Civil o Estado ¿reflujo o retorno de la sociedad civil?*, Madrid, Fundación Friedric Ebert/Instituto Fé y Secularidad, 13-17.
- MAFFESOLI, M. (1990), *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.
- MARTIN ARTILES, A. (1995), *"Flexibilidad y relaciones laborales. Estrategias empresariales y acción sindical"*, Madrid, Consejo Económico y Social.
- MELUCCI, A. (1989), *"Nomads of the Presente"*, Londres, Hutchinson.
- MELUCCI, A. (1991) *"L'invenzione del presente. Movimenti sociali nelle società complesse"*, Bolonia, Il Mulino.
- MINGIONE, E. (1993), *"Las sociedades fragmentadas"*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- MISHRA, R. (1992), *"El Estado del bienestar en crisis. Pensamiento y cambio social"*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- MISHRA, R. (1993), *"El Estado de bienestar en la sociedad capitalista"*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales.
- MONEREO, PEREZ, J.L. (1996), *"Derechos sociales de la ciudadanía y ordenamiento laboral"*, Madrid, Consejo Económico y Social.
- MONTES, P. (1996) *"El desorden neoliberal"*, Madrid, Trotta.
- MUET, P. A. (1994), *"Le chômage persistant en Europe"*, París, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques.
- MUÑOZ DEL BUSTILLO, R. (Ed.) (1989), *"Crisis y futuro del Estado de bienestar"*, Madrid, Alianza.
- NOZICK, R. (1988) *"Anarquía Estado y Utopía"*, México, FCE.
- OFFE, C. (1988) *"Partidos políticos y nuevos movimientos sociales"*, Madrid, Editorial Sistema, 1988.

- OFFE, C. (1992), *"La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas del futuro"*, Madrid, Alianza.
- ORIZO, Francisco-Andrés, (1991), *Los nuevos valores de los españoles*, Madrid, S.M. Ediciones.
- ORLEAN A. (Ed.) (1994), *"Analyse économique des conventions"*, París, Presse Universitaires de France.
- PAHL, R. E. (Ed.), (1988), *"On Work. Historical, Comparative and Theoretical Approches"*, Oxford, Basil Blackwell.
- PERRET, B. y ROUSTANG, G. (1993), *"L'Économie contre la société"*, París, Seuil.
- PERULLI, P. (1995), *"Atlas metropolitano. El cambio social en las grandes ciudades"*, Madrid, Alianza.
- PHALLER, A. GOUGH J., THERBORN G. (1993), *"Competitividad económica y Estado de bienestar"*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- POLANYI, K. (1994), *"El sustento del hombre"*, Barcelona, Mondadori.
- PREUSS, U.K. (1995), "Reflexiones preliminares sobre el concepto de 'ciudadanía europea'", *Revista Internacional de Filosofía Política*, junio.
- PRIETO, C. (1994), *"Trabajadores y condiciones de trabajo"*, Madrid, HOAC.
- REED, M.I. (1992) *"The Sociology of Organizations. Themes, Perspectives and Prospects"*, Londres, Harvester/Wheats heaf.
- REICH, R.B. (1993), *"El trabajo de las naciones"*, Madrid, Vergara.
- RIECHMANN J. y FERNANDEZ BUEY, F. (1994), *"Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales"*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- RIGUDIAT, J. (1993), *"Réduire le temps de travail"*, París, Syros.
- RODRIGUEZ CABRERO, G.(ed.) (1991), *"Estado, privatización y bienestar"*, Barcelona, Icaria.
- ROSANVALLON P. (1985), *"La crise de l'Etat-providence"* Paris, Seuil.
- ROSANVALLON P. (1995), *"La nueva cuestión social"*, Buenos Aires, El Manantial.
- SABEL, CH. y PIORE, M. (1990), *"La segunda ruptura industrial"*, Madrid, Alianza.
- SALAI, R., BAVEREZ, N. y REYNAUD, B. (1990), *"La invención del paro en Francia"*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

- SCHOR, J.B. (1994), *"La excesiva jornada laboral en Estados Unidos, la inesperada disminución del tiempo de ocio"*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- TOURAINE, Alain. (1994), *"¿Qué es la democracia?"*, Madrid, Temas de
- VINCENT, J.M. (1988), *"Critique du travail. Le faire et L'agir"*, París, Presses Universitaires de France.
- WELLMER, A. (1996), *"Finales de partida: la modernidad irreconciliable"*, Madrid, Cátedra.
- TOURAINE, A. (1994), *"¿Qué es la democracia?"*, Madrid, Temas de hoy.
- WIERSIORKA Michel (1992), *"El espacio del racismo"*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- WIEVIORKA, Michel, (1996), "Antirracismo, democracia e identidades" en Juan Pedro Alvíte (Ed), *Racismo, antirracismo e inmigración*, San Sebastián, Gakoa, pp. 205-223.